

CUENTO N° 186

TÍTULO: AQUELLOS NIÑOS

SEUDÓNIMO: DILIA

AUTORA: ODILIA CADEMARTORI

INVERNIZZI

Aquellos niños

El sol se despedía del atardecer, esparciendo sus rayos entre las nubes en una sinfonía de colores, apacible belleza otoñal que me envolvía en la nostalgia. En este atardecer como en muchos otros, un grupo de muchachos se encontraban en el parque en un bullicioso parloteo, al parecer era el sitio de sus encuentros. Me agradaba estar en este lugar, observarlos, ellos entretenían mi soledad reviviendo un pasado que muchas veces pensamos que ha quedado atrás que el tiempo lo raptó hacia el olvido. - Pero no- es la compañía que nos alienta y los recuerdos se hacen presente como un sueño perdido, donde la imagen de mi madre se me hace presente.

Nunca supe quien había sido mi padre, y cierta vez que se lo pregunté - solo me dijo- “En mi andar por aquí y por allá me encontré con el amor, fue un amor fugaz como todo en mi vida, y de ese amor naciste tú - mi compañera”... No insistí, al parecer había echado al baúl del olvido esa etapa de su vida.

Se dice que la historia se repite -puede que así sea -A las dos el hombre que pudo ser nuestro compañero por siempre, nos abandonó. Aquel a quien yo amé, me ofreció todo lo que puede desear una mujer, pero su diario vivir estaba en Europa, no pude abandonar a mi madre a sus años y dependiendo de mí, él no lo entendió y jamás quiso volver a verme. Su recuerdo es lo único que me da aliento para seguir adelante, porque a pesar de su abandono siempre está conmigo. Por esta razón no tolero estar en casa, ese ambiente silente donde las paredes no entienden las palabras y los fantasmas se esconden en los rincones. En este parque con sus árboles de troncos fuertes y exuberante follaje, siento que me transmiten esa energía milenaria que tranquiliza mi alma. Sentada en una banca tejiendo o leyendo dejo pasar la vida y atisbo a los muchachos que a menudo se reúnen aquí.

Ya casi al final del día se les veía más alborotados; yo trataba de captar lo que se decían entre sus palabras enredadas en las carcajadas que llegaban a mí.

- De pronto hubo un silencio perturbador, mis oídos espían, un tenue sonido socavaba aquel sigilo, mi corazón dio un vuelco

¡Alguien lloraba! - Al parecer no todo era alegría...Me puse alerta, hubiera querido acercarme, saber cuál era la causa, Pero ¡cómo! No quería pasar por intrusa...pero a pesar de. -pregunté - ¿se lastimaron? Me miraron asombrados y varias voces me contestaron... No señora no...no es nada- pero entonces por qué - alcancé a decir - Naa señora contestaron algo molestos, tan solo fue una discusión. No se preocupe. - No quise insistir- Bien si me necesitan aquí estoy -les dije. Al parecer se incomodaron con mi intromisión porque rápidamente se fueron. Al día siguiente se encontrarían allí como siempre sentados sobre el cojín de hojas otoñales desperdigadas por el suelo. Ante la ausencia de ellos decidí que yo también debía alejarme. En ese instante me di cuenta que un muchachito se había quedado, se sobaba los ojos continuamente como queriendo contener las lágrimas, vacilé, no me decidía acercarme, esperé unos minutos, al ver que no tenía intención de moverse, al pasar por su lado dejé caer como al descuido un libro, - se sorprendió-

¿Te pasa algo? ¿Te hicieron algo tus amiguitos'-atiné a replicarle, nada contestó solo se cubrió la cara con sus manos...Tendría unos nueve o diez años con un pelo rubio, mal vestido se notaba profundamente conmovido. No pude dejarlo abandonado, haciendo un esfuerzo me senté a su lado y esperé. No tuvo reacción. y como ya estaba oscureciendo le advertí: que sería mejor que ya se fuera a su casa. - si quieres te acompaño - le ofrecí.-

De pronto se abre en un llanto descontrolado. Dios mío, - me dije -¿Qué puedo hacer?

Le acaricié la cabeza para ver si se calmaba, se abrazó a mí, quedé desconcertada...no atinaba a nada.

Solo que poco a poco sentí que me invadía un estado de ternura desconocido en mí, solo atiné a decirle. ¿quieres venir conmigo? Me hizo un signo afirmativo con la cabeza....

Le enjuagué las lágrimas lo tomé de la mano y nos encaminamos.

Mariana ya no tuvo necesidad de cobijarse en la alegría de otros ni en los atardeceres luminosos. El destino o Dios o lo que fuera le trazaban un nuevo camino.

Ese niño iluminaría su vida y ella sería el faro que guiaría sus pasos-

Pero no fue fácil las espinas siempre están entre las rosas...

Ella lo cobijó en su casa sin hacer preguntas solo esperando que él se atreviera a hablar. Su Instinto de mujer le indicaba que allí había mucho sufrimiento. Así, supo de aquel día cuando él llegaba a su casa del colegio, no encontró a sus padres, los vecinos le dijeron que unos soldados se lo habían llevado y que a pesar de que los buscó en los sitios más insólitos o donde le indicara, nunca más lo volvió a ver...

Desde entonces deambulaba por las calles, dormía donde la noche lo encontrara, a veces pedía limosna. No recordaba desde cuando había empezado a juntarse con los chicos del parque, nos reímos mucho, jugamos, nos echamos talla, pero también algunas veces lloramos, - porque sabe...no todos éramos iguales - Le confesó - y los mayores nos consolaban diciendo: - pero que vamos a hacer si somos así – y yo no quiero ser como ellos... me da pena y rabia quiero entender muchas cosas y no entiendo nada.

Mariana escuchaba en silencio, su corazón sangraba, algo intuía...pero ¡cómo ayudarlo! Si ella no tenía el conocimiento necesario Después de un período de incertidumbre en que se enrollaba en preguntas sin respuestas decidió consultar al padre Juan. Era al único que le tenía confianza lo conocía desde chica y había asistido a su madre... Le preocupaba el tema por lo que se resistió un largo tiempo antes de hacerlo, tuvo que darse valor para mantener una conversación con él. Lo esperó hasta que terminara las oraciones de la tarde, cuando ya todos se habían ido.

Se acercó a la sacristía...padre...padre Juan... ¡Mariana...que sorpresa!

-Ay padre usted no se
imagina

¿Quieres confesarte?

No...no... sólo
necesito un consejo

A ver hija siéntate
aquí-

Confía en mí... y Mariana habló, su voz se quebraba por momentos, el padre Juan escuchaba con atención y estupor. Hija que problemas me traes, la verdad que no sé qué decirte... no sabría, me confundes. Una inquietud creciente se enredó en un silencio detenido...De pronto el padre como si Dios lo iluminara, - ¡Sabes creo que tengo la solución ¡Me había olvidado de mi alumno Jovino Urrejola, pero claro él es psicólogo del obtendremos la ayuda que necesitamos. Me comunicaré con él...quédate tranquila. Por el momento trata de acercar a esos muchachos que vengan aquí en el patio podrán jugar y entretenerse sanamente - Bien... esperemos los consejos de Jovino...Pero dime como se llama tu protegido... ¡Oh que tonta como se me pudo olvidar...El se hace llamar Miguel, ¿Y su apellido? – ¡No me va a creer nunca se lo he preguntado!!

No te preocupes hija ya lo averiguaremos lo importante es darle ayuda...y a los demás chiquillos prepararlos para el camino difícil que les va a tocar vivir...

Le costó mucho a Mariana convencerlos para que se acercaran al padre Juan. Con Miguel hablaba más claro, él siempre le ponía atención con mucho respeto.

Mira hijo, solía decirle Mariana no empiecen por culparse a sí mismos por tener sentimientos distintos a los demás, no son fenómenos nacieron con esa tendencia, tienen que asumirla adecuarse a las circunstancias. Lo más importante es llegar a ser hombres dignos para que los respeten. Ya verás lo bien que les va a hacer tratarse con Jovino y de mucha ayuda.

..Mariana muchas veces escondía el llanto, preguntándose. ¿Por qué Dios permitía esto?

Tal vez para que aprendamos a ser tolerantes Para que practiquemos la bondad con aquellos que de alguna manera vienen distintos... Son los misterios de Dios les contestaba el padre Juan. Hasta ahora –según tengo entendido y espero no equivocarme, la ciencia no ha aclarado nada.

Creo que, por el momento, nosotros con la ayuda de Jovino podremos hacer de ellos consciente de su ser. Y estas buenas intenciones se cumplieron.

El padre, Jovino y Mariana siempre estuvieron presente en los enigmáticos pasos de sus existencias.

El padre Juan y Mariana murieron en un accidente...

Y aquel niño rubio, herido por la vida -. Miguel -.no tuvo consuelo ante esta pérdida.

Y solía repetir como un poseso.

Mariana, Solo tu nombre me queda...

Y ante el amor que en mi pecho guardo

Serás...serás el aire que respiro

La playa cálida y serena en mi destino

en el cielo, una estrella que guiará mis pasos

Serás en mi camino una vertiente que disipará mis penas...

¡Mariana!.... ¡Mariana a...a...

Ellos nunca los olvidaron... Cada año se reúnen en el parque donde jugaron desde niños, donde todo fue tinieblas, donde la juventud pasó y lloró... y en el milagro del recuerdo sentir la vibración, de la vida llena de amor y paz que les dieran Mariana y el padre Juan.

////////////////////////////////////